

Memoria de una frontera pirenaica

Gaspar MAIRAL BUIL

«Vencieron las asperezas del hipócrita Pirineo, desmentidor de su nombre a tanta nieve, donde muy temprano el invierno tiende sus blancas sábanas y se acuesta. Admiraron con observación aquellas gigantes murallas, con que la atenta Naturaleza afectó dividir estas dos primeras provincias de la Europa, a España de la Francia, fortificando la una contra la otra con murallas de rigores, dejándolas tan distantes en lo político como tan confinantes en lo material.»

(Baltasar Gracián. El Criticón)

Es objetivo de este curso sobre la frontera tomar en cuenta la polivalencia de la experiencia fronteriza en contextos muy diversos. En mi caso la referencia que voy a tomar y el centro de mi exposición, vendrá a ser aquella frontera que hoy y aquí resulta más evidente para nosotros. En cierto modo y al aludir a fronteras siempre nos viene a la mente y con inmediatez el ejemplo de una frontera política, aquella que trazan dos Estados para delimitar sus territorios. Encontrándonos aquí en Formigal, estamos a dos pasos del puesto fronterizo de El Portalé y justo enfrente podemos contemplar las amplias extensiones de pastos que fueron creciendo tras el incendio de los bosques que cubrían las laderas que ascienden hacia el pico de Tres Hombres. Fueron las tropas napoleónicas que vencidas se afanaban por alcanzar la frontera las que aplicando la habitual táctica de la «tierra quemada» provocaron dicho incendio. El escenario que tenemos ante nosotros, sin lugar a dudas, invita a hablar de la frontera pirenaica. La amplia consideración que la experiencia fronteriza va a tener en este curso, tal como el propio programa nos muestra, permitirá desbordar esta inicial consideración de lo fronterizo sólo como fenómeno político vinculado en épocas modernas al propio proceso de construcción de los estados nacionales. Sin embargo y cumpliéndome la misión de ser uno de los iniciadores de este ciclo, es de este tipo de frontera de la que me voy a ocupar y en este caso la que marca los límites entre el Estado Español y el Francés y junto a la que nos hallamos.

Una de las experiencias que para los antropólogos resulta más habitual, es constatar cómo los grupos humanos que estudian crean fronteras morales a veces invisibles y siempre numerosas, para delimitar la separación sim-

bólica entre el «nosotros» y el «ellos». Al mismo tiempo son testigos de los esfuerzos que despliegan, física y mentalmente, esos grupos humanos para mantener dichas fronteras a lo largo del tiempo y vale tanto una romería, una cencerrada o una procesión como el amojonamiento, las cercas o las murallas.

En estos años estamos asistiendo al intento histórico de ir progresivamente abriendo las fronteras económicas, políticas, pero también culturales entre los países de la Europa Occidental y comprobamos con desazón las extraordinarias dificultades que existen para lograrlo. Esta es una experiencia profunda y trascendental en el ser humano pues le otorga una dimensión fronteriza substancial, la de ser más creador que destructor de fronteras. En Europa sin ir más lejos somos espectadores de unos acontecimientos terribles ya que en la antigua Yugoslavia hoy se negocian nuevas fronteras con sangre y horror.

También en este caso y separándome de lo que me parece que es la tendencia dominante y a la que lógicamente más atención se le ha prestado —antes poner fronteras que quitarlas— mi interés se dirige hacia un fenómeno que destaca al considerar la experiencia histórica que las comunidades pirenaicas desarrollaron sobre la frontera franco-española, ya que a lo largo de los siglos y si bien no siempre, sus esfuerzos fueron dirigidos más a transgredir la frontera que a respetarla. Es esta experiencia la que me interesa valorar, el conflicto continuo entre los montañeses y el Estado y sus agentes, unos para salvaguardar la frontera, los otros para trasgredirla. Que la frontera pirenaica fue históricamente una barrera impuesta a una población de ambos lados que estaba muy conectada e interrelacionada o que la cordillera pirenaica fue antes un lugar de encuentro que de separación, son hechos que ya los historiadores se han encargado de poner de relieve. Fueron los intereses de los Estados los que crearon barreras que resultaban incomprensibles para el montañés pirenaico y a pesar de sus intentos por incorporar a las poblaciones de la cordillera a sus guerras y disputas, éstas siguieron comerciando —a veces mediante el contrabando - pastando sus rebaños, trabajando o emigrando y casándose entre sí. El Tributo de las Tres Vacas y la fórmula «Pax en avant» que lo acompaña, viene a confirmar esta secular disposición a firmar pactos entre comunidades al margen de las disputas entre los Estados. Cada 13 de Julio los representantes de los valles de Roncal (Navarra) y Baretous (Bearn) rememoran mediante esta fórmula un acuerdo fronterizo de paz documentado desde 1375.

Las guerras fronterizas entre España y Francia, especialmente las que tuvieron lugar en los reinados de Felipe II y de Felipe III, constituyeron una presión ejercida por la monarquía sobre la población pirenaica y a la que difícilmente pudieron sustraerse. En ocasiones se les exigía defender por sí mismos la frontera, en otras sostener económicamente guarniciones permanentes y siempre contribuciones monetarias o en especies. A pesar de todo las quejas de las villas y lugares del Pirineo son constantes. Así en

1638 la villa de Aínsa dirige una carta a las poblaciones de Broto, Solana, Vió, Puértolas y Gistaín y en la que propone dirigirse al rey para que éste les permita encargarse ellos mismos de la defensa de la frontera y a cambio liberarse de la presencia de los soldados al considerar: «*los graves daños y trabajos que havemos padecido, cansados de la guerra presente y los atrevimientos que han hecho en toda esta montaña los soldados que por ella han pasado*».¹

Es fácil comprobar, tal como esta carta indica, que las gentes de la montaña soportaban como podían las guerras fronterizas que disputaban sus respectivas monarquías, también se puede constatar como la chispa bélica, a pesar de todo, prendía en ocasiones contagiando a las poblaciones pirenaicas de uno y otro lado que de vez en cuando llevaban a cabo razzias y apresamientos del ganado ajeno.

La frontera política en los Pirineos tiene siglos de historia. En una época fue frontera del reino de Aragón con el Bearn o Bigorra y las viejas aduanas medievales, como las de Somport o Bujaruelo, así lo atestiguan. La extraordinaria relevancia que hoy se le atribuye al desaparecido Hospital de Santa Cristina en Somport y que lo compara con los Hospitales de S. Juan de Jerusalén o San Bernardo en los Alpes, siendo en conjunto los tres más importantes de la cristiandad medieval, constituye un buen testimonio de la importancia que alcanzó el tránsito fronterizo en la edad media. Sin embargo se puede suponer que la convivencia entre las comunidades fronterizas de uno y otro lado en poco se vería afectada y la frontera lejos de ser una barrera infranqueable, vendría a ser una demarcación teórica entre unas monarquías que para los montañeses quedaban muy lejos. La cuestión es considerar cómo progresivamente la frontera se fue haciendo cada vez más efectiva para los intereses de los Estados y cómo éstos empleaban medios crecientes para lograrlo.

Para los intereses de la monarquía española, la frontera en el pirineo aragonés alcanzó una importancia estratégica notable en la segunda mitad del siglo XVI y sobre todo cuando Felipe II decide impermeabilizar la frontera para defenderse tanto de una posible invasión militar como de la influencia hugonote que tan fuerte era en el Bearn. De este modo fortifica la frontera con ciudadelas como la de Jaca y refuerza los castillos de Aínsa y Benasque. Por otra parte se erigen nuevas sedes episcopales en Jaca y Barbastro para fortalecer «espiritualmente» la frontera. Además la propia inestabilidad del reino de Aragón que culminará con las Alteraciones y poco después las andanzas de Antonio Pérez en Bearn que le llevan a invadir el valle de Tena con una tropa de bearneses, contribuyen a hacer de la frontera en este período un territorio inestable. Tal como las propias cartas y

¹ He obtenido esta referencia del trabajo de Colás Latorre, G. Los valles pirenaicos y la defensa de la frontera 1978 Revista Argensola. Instituto de Estudios Altoaragoneses. Huesca. Pág. 6-24.

memorándumes enviados a la Diputación del Reino por un buen número de villas y lugares del Pirineo aragonés, nos señalan, se implantarán en ellas guarniciones militares permanentes. De este modo el Estado y en este caso la monarquía española, que sostiene guerras casi constantes con Francia en los siglos XVI y XVII, se hará presente en la frontera con una continuidad hasta entonces desconocida. La llegada de personas ajenas y su acomodo en los valles pirenaicos creará tensiones continuas con una población que, tal como recogen los documentos de la época, constata que su anterior independencia, favorecida por la distancia respecto a los centros de poder de la época, va poco a poco disminuyendo. En 1641 el valle de Tena se queja en un memorial de los desmanes que lleva a cabo la tropa que recibe órdenes del «*maesse de campo de Jaca y su tiniente en perjuicio de los de la valle*»². Por las mismas fechas los varones de Aínsa se quejan porque el capitán del castillo de Aínsa gobierna según su fuero ya que no siendo aragonés es extranjero.

El desarrollo del Estado liberal en el siglo XIX supone la puesta en práctica del principio fundamental en la filosofía liberal que concibe al propio Estado como una unidad económica y si por una parte se abren todas las barreras económicas que perjudican el tránsito de mercancías dentro de su territorio, por otra se cierran más las que lo limitan al exterior. Más si cabe cuando esa política económica tiene una inspiración proteccionista. En el XIX se delimita rigurosamente la frontera y para tal fin se crean las Comisiones de Límites, se modernizan las aduanas y se crean los cuerpos de carabineros. Esta es la frontera moderna, mucho menos permeable, más precisa y dotada de instrumentos legales especializados y permanentes.

La memoria colectiva tiene sus fuentes de inspiración y referencia en una frontera que se consolida en el siglo XIX merced a los elementos que le van a dar una entidad real para el habitante del Pirineo: la exigencia de papeles, los puestos fronterizos y la presencia permanente de carabineros o guardia civil. A su vez los acontecimientos históricos tendrán su propia traducción en la frontera, especialmente las guerras y las convulsiones políticas internas. Por otra parte el desarrollo económico que será tan divergente en un lado y otro a partir del siglo XIX, creará las bases para el tránsito ilegal de mercancías, el contrabando y la emigración permanente o estacional.

Si a lo largo de la Edad Media y en los siglos XVI y XVII, al margen de las frecuentes guerras franco-españolas, eran los habitantes del mediodía francés quienes emigraban y se instalaban en Aragón o los segadores gascones los que venían a segar a España, el flujo se invertirá a partir de siglo XIX cuando la industrialización de Francia y el atraso económico de España establezcan un desequilibrio económico que perdurará hasta nuestros días. El flujo de manufacturas o mulas desde Francia y materias primas desde España, lana o cueros, dará lugar al contrabando a mayor escala. El

² Colás Latorre, G.- Op. Cit. Pág. 22.

desarrollo industrial de Francia ofrecerá trabajo permanente o estacional a muchos aragoneses.

La Guerra Civil y la Posguerra marcaron sin duda un momento álgido y duro en la frontera. Después de varios siglos la frontera se convierte en campo de batalla y así en 1938 y durante algunos meses varios regimientos del ejército republicano quedan embolsados en los valle de Bielsa y Gistáu y resisten con firmeza. Finalmente y cuando la resistencia se torna inútil, retroceden y cruzan la frontera junto con la mayor parte de la población civil que es evacuada. A partir de entonces la frontera queda militarizada y durante varios años cerrada. Es éste un tiempo de exilios, de quienes escapan de la dictadura franquista o durante la II Guerra Mundial de los fugitivos que huyen del nazismo. Tras la II Guerra Mundial, vendrán los tiempos más duros con las incursiones del maquis, la presencia constante de destacamentos y la exigencia de salvoconductos para transitar por el monte.

La estabilización política del franquismo primero y los cambios económicos después, transformarán substancialmente la frontera. El maquis es liquidado con dureza, la frontera se vuelve a abrir, las transformaciones de las economías de la montaña ya no impulsan, sobre a todo a partir de finales de los sesenta, a la emigración estacional, el desarrollo económico español hace innecesario el contrabando de manufacturas y la mecanización de la agricultura acaba con el contrabando de mulas. Subsistirá, eso sí, el pequeño contrabando de productos de consumo o el organizado por grupos especializados. Las gentes de los valles fronterizos, en su mayoría, abandonará una práctica tan arriesgada como ésta. La frontera se liberaliza poco a poco y los puestos fronterizos se acaban convirtiendo en grandes bazares donde los franceses compran más barato. En Aragón se abre un nuevo paso fronterizo en 1976 el de Bielsa y en años posteriores los tres existentes permanecerán abiertos todo el año. La frontera se cruza ahora en automóvil y con fines turísticos, para visitar a la familia, para ir de compras, hacer negocios o relaciones institucionales. En los últimos años el proceso de integración europea y la pertenencia desde 1986 de España a la C.E.E. está poco a poco desdibujando la frontera y ya nos encontramos en el horizonte de su desaparición.

No he pretendido con esta introducción hacer historia de la frontera, sino más bien y en unas pocas líneas, destacar algunos de los momentos que encadenados temporalmente, dibujan una cierta evolución de la frontera en la que la presencia del Estado y su propio desarrollo, de menos a más, ha marcado los vaivenes de la vida local para unas poblaciones cuyo devenir ha estado estrechamente condicionado por lo fronterizo.

Cuando se me invitó a participar en este curso y sabiendo que iba a tener lugar en Formigal, no dudé a lo hora de decidir el tema de mi intervención. Por otra parte las fechas en las que estamos y los acontecimientos que se avecinan, me llevaron a otra apreciación.

El próximo mes de Diciembre se abrirán casi todas las fronteras inter-

nas de la C.E.E. para el libre tránsito de las personas como consecuencia de los acuerdos del llamado grupo de Schengen. Cuando esto suceda la frontera franco-española en los Pirineos habrá desaparecido formalmente. Quién suela cruzar esta frontera con cierta frecuencia, habrá ya observado en los últimos meses cambios perceptibles. Los gendarmes franceses ya no están en las garitas y las barreras están permanentemente levantadas. A su vez la policía española ya raras veces solicita la documentación y desde las garitas y con cara de aburrimiento te hacen sin más un gesto con la mano para que pases. Estamos cerca ya de la desaparición de la frontera política entre España y Francia en los Pirineos. Ciertamente que esto los osos ya lo sabían hace tiempo y los pocos que aún quedan en el Pirineo no dudaban en pasar desde el valle de Aspe al de Ansó, si les venía en gana.

Que las cosas han cambiado y la frontera es cada vez menos frontera, es bien cierto. A nadie ya se le ocurre contrabandear mulas, botellas de anís o coñac, cueros, café, joyas, armas o manufacturas. Andorra ya no es lo que era y ni tan siquiera a los franceses se les ocurre venir en masa a los bazares de la frontera para comprar el «pastís» más barato que en Francia o cargar el coche con garrafrones de vino «peleón». Como dicen ahora, España se ha puesto muy cara. Hasta hace muy poco, hasta la reciente crisis monetaria, eran los españoles los que llenaban los restaurantes de Pau y ya era un tópico decir que en Francia se comía mejor y más barato que en España.

En cualquier caso el pensamiento que estos acontecimientos me han suscitado es el de que todo un mundo creado y recreado alrededor de la frontera ha desaparecido o está a punto de desaparecer y al fin lo que queda es una, cada vez más tenue, memoria que se fue alimentando generación tras generación de acontecimientos narrados una y otra vez y que tenían que ver con contrabandistas, guerras, exilios, maquis, aventuras, personajes fabulosos, catástrofes, obras, explotaciones mineras, sueños y quimeras, violencias o asesinatos, entre otras cosas. Esta es la memoria sobre la que me interesa indagar, en un intento quizás por reflexionar acerca de un pasado que irremisiblemente se va y no dudo que animado también por cierta nostalgia cuando ya empiezo a sentir que el Pirineo de hoy, asaltado democráticamente por las masas, ya no es el que fue.

Aprovecho esta circunstancia, la de hablar sobre la frontera pirenaica, para aproximarme a un tema muy sociológico y antropológico, la memoria colectiva. Esto me va a permitir mencionar en ocasiones a Maurice Halbwachs un sociólogo francés poco traducido, por desgracia, al español y al que se suele calificar como «malogrado» dado que murió como otros cientos de miles de judíos en el campo de Buchenwald en 1945. Su libro *La Memoria Colectiva* ha quedado ya como un clásico insustituible para obras más recientes como la de Z. Bauman *Memories of Class* (1982), Hobsbawm y Ranger *The Invention of Tradition* (1983), Nora *Les lieux de la mémoire* (1984) o Connerton *How Societies Remember* (1989).

Mostrar cómo la frontera entre España y Francia ha venido a ser una

fuerza esencial para alimentar la memoria colectiva de las poblaciones pirenaicas, es el objetivo que me planteo en esta exposición y que va acompañado también del interés por reflexionar, aunque limitadamente, sobre la memoria.

Me considero ahora incapaz de extender este análisis al conjunto de la frontera pirenaica y puesto que mis datos van a provenir sobre todo de mi experiencia en la investigación de campo, voy a remitir mi exposición a un ámbito pequeño pero muy característico como es el valle de Chistáu o Gistáu aquí en el Pirineo aragonés, territorio donde ya hace algunos años me inicié en la práctica de la etnografía y que sigo visitando con frecuencia. Allí la frontera pirenaica separa a este valle de los de Aure y Louron y el tránsito transfronterizo, siempre a pie o caballería, se ha venido practicando sobre todo a través del puerto de Plan que conectaba el Hospice de Rieumajou y el Hospital de Gistaín. Ciertamente hay otros puertos, que eran utilizados también en ocasiones como el de la Pez o el de la Madera. Hay que decir que hoy en tanto que el viejo Hospice ha sido restaurado y acoge un albergue-restaurante, el antiguo Hospital en la vertiente española se encuentra en ruinas. Tampoco existe, por supuesto, carretera ni siquiera pista forestal alguna que permita cruzar la frontera en automóvil.

Dado que me voy a basar en datos obtenidos mediante la investigación de campo no puedo evitar utilizar ciertas experiencias propias o compartidas con habitantes del valle sobre la frontera para ilustrar en algún momento la propia exposición. Precisamente querría comenzar por una de ellas.

Hace algunos años participé en una excursión organizada para en principio pasear y disfrutar del paisaje y a la que nos sumamos siete personas, todas ellas, menos yo mismo, habitantes del valle y entre las que se encontraban vecinos de Plan, S. Juan de Plan y Gistaín. El objetivo era cruzar a Francia por el puerto de Plan y llegar a la carretera que sube hasta la mitad aproximadamente del valle de Rieumajou ya en Francia donde nos recogerían con una furgoneta para volver a España. Preveíamos que la marcha iba a durar alrededor de seis o siete horas.

La edad de quienes participábamos en esta marcha era diversa, pero había varias personas que por su edad habían cruzado años antes con cierta frecuencia la frontera, bien para ir a trabajar estacionalmente a Francia, realizar contrabando a pequeña escala o en algún caso siendo evacuados del valle con las tropas republicanas que cruzaron la frontera cuando cesó la resistencia de la bolsa de Bielsa en la Guerra Civil. Para ellos esta excursión estaba cargada de nostalgia como tuve ocasión de comprobar a lo largo del día. Después de veinte o treinta años —el paso fronterizo del túnel de Bielsa, muy próximo al valle de Gistáu, fue abierto en 1976— de nuevo recorrieron un camino muy frecuentado entonces. A lo largo de la jornada no dejaron de fluir sin parar las anécdotas del pasado, las aventuras, los acontecimientos trágicos, los nombres y las relaciones de los protagonistas, todo lo que en conjunto me pareció una elaborada narrativa fronteriza, pues-

to que, entre otras cosas, alguno de los sucesos narrados ya me resultaba conocido. Así en cada una de las paradas e hicimos muchas, para echar un trago de la bota, almorzar, volver a almorzar, echar un «bocáu» o un cigarro, se relataba la historia de un chistavino que, cerca de donde nos hallábamos, fue ejecutado por la resistencia francesa al considerarlo chivato de los alemanes, la muerte trágica de una familia del valle que retornaba después de haber trabajado en Francia una temporada y que al cruzar el puerto fueron víctimas de un temporal de nieve o los casorios que se tramaban en el puente de Arreau en Francia con mozos chistavinos que cruzaban el puerto para substituir a los jóvenes franceses que habían muerto en gran número en la entonces reciente I Guerra Mundial. Todos los sucesos y la propia narrativa a la que daban lugar, tenían el sabor de la aventura, de la tragedia o el misterio y en cualquier caso mostraban siempre el perfil de lo extraordinario, como si cruzar la frontera fuera una especie de transgresión acompañada siempre de riesgo y con una cierta recompensa al otro lado.

Conforme el día avanzaba y para nosotros el camino a seguir se volvía más y más pendiente al irnos acercando al collado que marca la divisoria fronteriza, los sentimientos de mis acompañantes se iban revelando poco a poco y distaban de corresponder a lo que uno espera en una excursión habitual. Me daba cuenta de que estaban recordando y que una revuelta del camino, un barranco que había que franquear o la visión del alguna cima cubierta de nieve, constituían para ellos imágenes del pasado. También hacían frecuentes comentarios comparado el «antes» y el «ahora» en unos términos que hoy, al recordar dicha jornada, me parecen más significativos todavía. En primer lugar se felicitaban al poder pasar la frontera a la luz del día y sin miedo, por otra parte se regocijaban pensando que llevaban dinero en el bolsillo. Me interesa detenerme en este punto ya que constituye en cierta manera el propio meollo de la cuestión.

Pasar a la luz del día es la antítesis de la experiencia del pasado, ya que entonces siempre al ir a trabajar a Francia se aprovechaba el viaje para transportar algo de contrabando, principalmente botellas de anís o coñac. En muchas ocasiones la gente pasaba sin papeles y por todo ello había que evitar a los carabineros o a la Guardia Civil. Todavía hoy existe, aunque abandonada, la vieja caseta que utilizaban los vigilantes de la frontera, carabineros durante la República, Guardia Civil después, para controlar junto al camino y en las proximidades del Hospital de Gistaín, el tránsito de personas. Bastantes años después se me han relatado en Gistaín los muchos casos de maltrato físico y abusos de autoridad que en la posguerra y cuando el maquis recorría los montes, hubieron de sufrir los chistavinos a manos de la Guardia Civil.

En un excelente cuento, *Güena feta.... ta lo chobenarda que yere*³ («Bien

³ Villa Bruned. J. 1975-77; *Güena feta....ta lo chobenarda que yere!*. Revista Argensola. Instituto de Estudios Altoaragoneses. Huesca. Pág. 147-151.

hecho...para lo jovencita que era») escrito en chistavín, la modalidad del aragonés que allí se habla, un escritor nacido en Gistaín, Joaquín Villa, cuenta esta experiencia: burlar la vigilancia de los carabineros de la caseta para recoger en el Hospital de Gistaín o Francia el contrabando e intercambiarlo por lana. La protagonista es una joven⁴ que de noche tiene que despistar a los carabineros mientras su padre carga la lana y la transporta hasta el lugar convenido. La intención del cuento es la de recrear el pasado y utiliza el miedo que experimenta una joven como recurso para ilustrar el «antes», un tiempo en el que cabía el misterio, con referencia a «osos» u osos, la noche oscura, un «can de lobos» o mastín, los propios carabineros, en definitiva una memoria del pasado articulada sobre la frontera y aquello que la rodeaba. Este sentimiento que rezuma el cuento es semejante al que observaba en mis acompañantes, nostalgia del pasado que se reconoce difícil, duro y penoso, satisfacción por el presente cómodo y más libre. No hay sin embargo una oposición entre ambos extremos «antes» y «ahora» en términos de malo y bueno, sino una complementariedad que sólo es posible en la memoria, puesto que en ella el pasado es algo vivo en el presente. Sólo se recuerda aquello que interesa recordar porque puede vivir en el presente. Como dice Halbwachs la memoria colectiva:

«Es una corriente de pensamiento continuo, de una continuidad que no tiene nada de artificial, puesto que no retiene del pasado sino lo que está vivo todavía o es capaz de vivir en la conciencia del grupo que la comparte. Por definición no sobrepasa los límites de ese grupo.»⁵

La frontera como memoria es un ejercicio de nostalgia que adopta una forma narrativa. A diferencia de la historia la memoria colectiva no es un recorrido minucioso por el pasado con pretensiones de objetividad, se trata más bien de capturar imágenes del pasado para que vivan en el presente.

La comparación que toma como referencia el dinero o la riqueza es también muy significativa. Al ir a Francia la frontera se cruzaba con la «pocha» (bolsillo) vacía y si acaso al volver se traían los ahorros conseguidos mediante el trabajo estacional en Francia, fuera en obras, minas, en el pastoreo o en el servicio doméstico. En contraste el tránsito de personas ajenas al valle solía relacionarse con el transporte de riquezas, fueran éstos comerciantes o exilados que llevaban consigo algunas pertenencias y dadas las circunstancias, joyas u oro.

También en ocasiones se alude a la importancia de los personas que eran guiadas hacia su exilio. Por aquí, se dice en el valle Chistáu, pasó Prim entre otros grandes personajes. Hay una historia que me contaron en una casa de Gistaín que viene a corroborar este hecho. En esta Casa el contar es-

⁴ En realidad y dada mi relación con el autor sé que el cuento es justamente la recreación literaria de un acontecimiento que le fue narrado al autor por su abuela.

⁵ Halbwachs, M. 1950 (1968) *La Mémoire collective*. P.U.F. París. Pág. 70.

ta historia es algo así como narrar lo más destacado de la épica familiar. En una ocasión un personaje quiso pasar clandestinamente la frontera. Venía huyendo de Madrid y no era otro que el político republicano Nicolau d'Olwer. La época pudo ser la dictadura de Primo de Rivera. El amo de esa Casa, ya fallecido cuando se me contó la historia, se comprometió a pasarlo a Francia y cerca estaban ya del collado fronterizo, cuando una fuerte borrasca con una espesa niebla se les echó encima y despistó al guía. En estas circunstancias de riesgo Nicolau d'Olwer sospechó algo y sin pensárselo dos veces sacó una pistola y encañonó a su acompañante. Este, experto contrabandista, tampoco dudó y sacó la suya de tal modo que ambos se encañonaron mutuamente. Tras un momento de vacilación el guía, muy tranquilo, le hizo ver a Nicolau d'Olwer que o morían los dos o confiaba en él y se salvaban mutuamente y éste, ante una afirmación tan sensata, guardó el arma y ambos finalmente cruzaron la frontera. Tiempo después y siendo Nicolau d'Olwer ministro en un gobierno republicano esta familia le recordó el suceso para solicitarle un favor. Cuando se cuenta la historia el énfasis que la compañía pretende poner de relieve el carácter de los antiguos contrabandistas, de una pieza, hechos al monte, a enfrentarse con cualquier adversidad y salir adelante, en definitiva personajes de aventura y que como se recalca, solían ir armados. Esta pieza narrativa es buen ejemplo para apreciar además de la nostalgia, la narrativa épica que vincula a la frontera con personajes casi de leyenda.

La riqueza que en ocasiones se vincula con la frontera también tiene una narrativa próxima al suceso desgraciado o incluso a la violencia. Una de las fábulas recordada con más frecuencia en Gistaín cuenta precisamente el asesinato de un tratante de ganado del otro lado que fue a esta localidad a cobrar una deuda y que a su retorno y cerca ya del collado fronterizo fue asaltado por dos individuos del pueblo que le robaron y asesinaron. El lugar donde esto tuvo lugar, un barranco que hay que franquear de un salto, se conoce todavía como «el Blinco'l Gabacho».

Así podemos decir en conjunto que la frontera en algunas narraciones aparece como un espacio en el límite, en cierto modo liminal, más allá de la normalidad. Es como el espacio de los relatos épicos, lugar sólo para personajes extraordinarios, hechos o situaciones límite, también para el mal y siempre para el misterio.

Si por una lado y en un contexto legendario la frontera atesoraba riquezas, por otro y para los chistavinos, es hoy una memoria que les recuerda las duras condiciones de una rigurosa subsistencia. Muy jóvenes todavía muchos de ellos debían marchar a Francia a trabajar, los hombres generalmente de pastores, las mujeres a servir en casas u hoteles.

Hoy la memoria colectiva hace de la frontera un símbolo del pasado y sirve así para registrar simbólicamente el paso del tiempo. Ahora los habitantes del valle Gistaú ya no acuden a trabajar estacionalmente a Francia y sus condiciones de subsistencia ya no son rigurosas, su nivel de vida en

definitiva ha mejorado substancialmente. Este hecho económico adopta una representación simbólica general que hace del dinero real y no del teórico, un símbolo esencial para percibir el paso del tiempo. Porque la memoria colectiva de los habitantes del valle, ciertamente de los viejos y no de los jóvenes, distingue entre dos situaciones, pasado «alavez» («entonces» en castellano), presente «ahora», que polarizan el discurrir del tiempo. El pasado es un tiempo sin dinero, el presente es un tiempo con dinero. No se trata esencialmente de la comparación entre pobreza y riqueza, sino entre una experiencia vital compartida sobre las circunstancias de la subsistencia y el autoconsumo, y sobre las circunstancias de una economía monetaria. En la memoria de la frontera y en otras memorias, el dinero, que se presenta como algo fabuloso y extraordinario, es casi siempre oro, «dobletas» que sirven no para circular sino para ser atesoradas y a veces escondidas en ollas. Las leyendas sobre tesoros ocultos bajo una baldosa son frecuentes. La frontera y en este caso el contrabando no hacía correr dinero, sino que servía más bien para amasarlo. Es conocido el caso de un individuo que, según se cuenta, se dedicó por entero al contrabando para poder levantar su Casa, una buena Casa, que se había arruinado. Entre los viejos sobre todo la obsesión por guardar el dinero, contante y sonante, es bien conocida en el valle.

El uso que mis acompañantes hacían de la memoria colectiva venía en última instancia a valorar el presente gracias a la nostalgia, pues en definitiva recordar las penalidades sufridas con un halo de aventura y misterio, les permitía apreciar un presente mucho más cómodo para ellos. De ahí que las imágenes que se capturan del pasado como nos decía Halbwachs, son aquellas que tienen un lugar en el presente y como viene a señalar Connerton⁶ las imágenes del pasado suelen legitimar un orden social presente.

He dejado parada la narración, también fronteriza, que situaba a un grupo de personas ascendiendo lentamente hacia el puerto de Plan. Continuo en el momento en que, divisando en lo alto la raya fronteriza, unos gritos que de allí provenían atrajeron nuestra atención. Al mismo tiempo veíamos como a poca distancia por encima de nuestras cabezas pastaban unas cuantas ovejas. Quien gritaba pretendía que echáramos las ovejas hacia arriba ya que como supusimos éstas eran francesas y se habían colado sin papeles en pastos españoles. Ayudamos a cumplir la ley y reintegradas las ovejas a su territorio nacional, nos reunimos en lo alto del collado con el pastor francés. Nuestra invitación a almorzar fue acogida por éste con entusiasmo e inmediatamente intercambiamos nuestras provisiones. Procedía este individuo de Sallán, localidad del valle de Aure y a poco de comenzar la charla algunos de mis acompañantes ya compartían amigos y conocidos con el pastor. Con un magnífico día de verano y teniendo ante

⁶ Connerton, P.- 1989 *How Societies Remember*. Cambridge. Cambridge University Press.

nuestra vista a la izquierda el macizo de Monte Perdido despejado, por detrás Punta Suelsa, Punta Fulsa y Urdiceto y al fondo el Midi de Bigorre, la conversación se fue alargando en una mezcla lingüística que hoy es sorprendente y que antaño fue habitual. Mezclando el chistavín y el patués o si se quiere el aragonés y el gascón y en ocasiones el francés y el español, estábamos rememorando la vieja costumbre de los pastores pirenaicos al juntarse en la «huela» o frontera los de ambas vertientes. Para hablar entre sí utilizaban sus propias lenguas que de tan parecidas, semejaban ser una sola. Que los Pirineos fueron para su población lugar de encuentro antes que barrera de separación, fue aquel día para nosotros más que una idea romántica una práctica natural.

Acabado el almuerzo y la conversación nos despedimos no sin la promesa por parte del pastor de Sallán de visitar Plan pasado el verano. Por nuestra parte y viendo abajo el valle de Rieumajou, nos aprestamos a continuar la marcha, ahora en Francia pero sin la sensación de haber atravesado frontera alguna. Ciertamente que abajo la cosa era bien distinta y al ver los primeros carteles en francés, hablar este idioma y pagar en francos en el primer bar que encontramos, la sensación de estar en otro país era ya ineludible. Así comprobé un hecho sobre el terreno y éste era experimentar la frontera no en el espacio, ni en el paisaje, ni en las costumbres, sino en el uso ineludible de los instrumentos propios del Estado: normas o leyes, idioma oficial y dinero.

He pretendido al echar mano de esta experiencia personal de un día, reproducir, aunque brevemente, la narrativa fronteriza. De este modo quería trasladar hasta aquí una experiencia que como antropólogo me ha interesado. La frontera existe para ser narrada y en la memoria colectiva es un relato hecho de leyendas, cuentos y experiencias vividas que tienen siempre el sabor de lo excepcional: aventura, misterio, tragedia, épica, etc. Siendo la frontera tiempo, es éste un tiempo moral cuyos símbolos son el «antes» y el «ahora». Siendo espacio es éste un espacio liminal más allá de la normalidad.

La frontera es parte de un complejo narrativo que como tal da forma a la memoria colectiva. Hay otros hechos que son narrados, tal como se narra la frontera. Quiero rápidamente mencionar algunos. La apertura de comunicaciones aptas para el tránsito de automóviles es narrada como un proceso largo de acercamiento del «mundo»⁷. La trashumancia⁸ es objeto de añoranza recordando los rebaños numerosos que hoy ya no existen. El cul-

....⁷ El primer automóvil llegó a Gistaín hacia la mitad de los sesenta.

⁸ La crisis de la trashumancia se manifestó ya con intensidad en la década de los sesenta. Por aquel entonces la modernización de la agricultura en el llano y el impulso extraordinario que recibió el cultivo de cereal en secano, condujeron a la disminución constante de los pastos invernales que aprovechaban los rebaños de la montaña. Este, junto a otros factores, llevaron a la crisis definitiva del ovino trashumante. Las 15.000 ovejas que, según se dice, llegó a poseer Gistaín hoy son sólo un recuerdo.

tivo de centeno en los «panares»⁹ en altitudes que podía alcanzar los mil setecientos metros, es rememorada como una hazaña plena de esfuerzos. Los encuentros con osos y lobos y sus acometidas sirven para evocar la aventura y el riesgo. La escasez e incluso el hambre son puestas como ejemplo de la resistencia frente a la adversidad. Todas estas narraciones va constantemente acompañadas del adverbio chistavino «alavez», («entonces» en castellano) y se suelen referenciar con la expresión «fé es cuentos» («contar» o «narrar» en castellano). Han constituido la ocupación habitual en las veladas nocturnas, en las sobremesas de las comidas o en los encuentros en el monte. Cuando la propia comunidad modificaba sus actividades económicas, la vida cotidiana se monetarizaba, la gente emigraba y algunas Casas se cerraban, llegaban los primeros turistas y existía la conciencia de que todo estaba cambiando, la memoria colectiva narrada sobre todo por los viejos, pretendía trasladar lecciones morales que debían acompañar al ineludible discurrir del tiempo. En la década de los setenta y a principios de los ochenta, que es cuando recogí principalmente esta narrativa, era éste el discurso continuo de los viejos, su propia memoria colectiva.

Mi primera aproximación, entonces, a esta narrativa pretendía ser más estructural, pensando que recogéndola y estudiándola podía comprender y reconstruir los procesos históricos de transformación de las comunidades tradicionales del Pirineo. Se trataba de explicar cómo unas economías de subsistencia se fueron monetarizando progresivamente y a la vez introdujeron cambios adaptativos tales como substituir la agricultura de autoconsumo por la ganadería de renta. Todo ello con la perspectiva de que tras este proceso estaba el Estado como agente principal de transformaciones sufridas en sociedades que podían etiquetarse con un clásico calificativo antropológico, «campesinas».

Hoy sin embargo he cambiado de perspectiva y más que el análisis estructural me interesa el simbólico. Es decir me interesa la narración del pasado que lleva cabo una comunidad en sí misma, ya que ésta no es, como antes creía, algo semejante a la historia o en todo caso un complemento a ésta. No niego que pueda serlo y de hecho son los propios historiadores quienes hoy valoran más la historia oral. Sin embargo creo que es otras cosas más y son éstas las que me interesan.

He podido estudiar recientemente la experiencia de comunidades del Altoaragón que se han visto amenazadas durante años por proyectos de

⁹ Los «panares» constituyen el testimonio más preciso de la antigua subsistencia. En altitudes casi inverosímiles, como los 1500 o 1700 metros, se cultivaba centeno en unas condiciones extraordinariamente rigurosas y con unos rendimientos muy pobres. En cualquier caso la necesidad de allegar recursos para alcanzar un mínimo de subsistencia exigía un extremo aprovechamiento de los recursos. Al tiempo que se imponía la ganadería de renta y el nivel de vida mejoraba, el cultivo de los «panares» se fue substituyendo por su aprovechamiento como prados de siega. Hoy y dada la actual crisis de la ganadería, buena parte de ellos han sido totalmente abandonados y ni tan siquiera son pastados.

embalses, como es el caso, entre otros, de Campo, Morillo de Liena o La Puebla de Fantova en el valle del río Esera. De este modo y en el día de hoy la fortaleza con la que estas comunidades han manejado símbolos de supervivencia a la hora de oponerse a estos proyectos y han sido capaces además de encontrar dichos símbolos, la Casa, la tierra o el país, en el pasado para trasladarlos al presente, me ha hecho ver algo a lo que antes no había prestado atención y es precisamente la fuerza con la que una comunidad simboliza su permanencia frente a la adversidad, su capacidad para seguir existiendo, sus recursos humanos extraordinarios, transmitiendo un mensaje profundamente moral, «*hemos sobrevivido*», en forma narrativa y como una lección que debe perdurar. Para mí la narrativa fronteriza, hecha de transgresiones y convertida en memoria, viene a transmitir un mensaje que no es otro que el de la supervivencia y ésta es una supervivencia a la que deberán hacer frente nuevas generaciones. De ahí que la memoria colectiva sea de unas generaciones y venga a constituir su legado.

Quiero rápidamente hacer una referencia al caso del embalse de Mediano y aunque se aleja en la distancia del espacio fronterizo, me sirve para ilustrar también el tema del que me estoy ocupando. Al estudiar la experiencia colectiva de varias comunidades en la comarca altoaragonesa de Sobrarbe (Mediano, Plampalacios, Morillo de Tou, Coscojuela de Sobrarbe, Gerbe y Griébal) que fueron expropiadas y la mayor parte de ellas abandonadas por la construcción de un pantano que entró en servicio en 1969, pero cuya construcción se alargó varias décadas, desde antes de la guerra civil, el fenómeno que sobresalía era la memoria y dentro de ella la comunidad, el pueblo, recordado ahora como una terrible pérdida. Entre los viejos la inmediatez del recuerdo, debida seguramente a la intensidad de los acontecimientos y a la dureza de la propia expropiación, sobresalía y recordaban su pueblo, perdido hacía casi treinta años, con una proximidad emocional extraordinaria. Daba la impresión de que su presente era pura memoria o que vivían para recordar. Transcurrido tanto tiempo una parte de los antiguos habitantes y sus descendientes estaban actuando para reconstruir social y simbólicamente sus comunidades. Algunas familias habían podido comprar las antiguas casas que la Confederación Hidrográfica del Ebro les había expropiado y que ahora estaba dispuesta a revertir. En el caso de Gerbe o Mediano se habían vuelto a celebrar las fiestas patronales y se reunían en ellas gentes que desde diversas procedencias retornaban a «su» pueblo para pasar esos días. La memoria del pasado había mantenido viva su comunidad y aún en estas circunstancias tan difíciles había también un impulso de supervivencia. En el Altoaragón se han creado ya varias asociaciones de «antiguos vecinos» de diversas comunidades que fueron abandonadas masivamente en el período álgido del éxodo rural. Su memoria colectiva les conduce a intentar sobrevivir de esta manera.

En el valle de Chistáu unas generaciones encontraron en la frontera un recuerdo que les permitía construir, junto con otros recuerdos, una me-

moria de tal modo modo que proyectaban en el presente una legado generacional: haber sobrevivido. La expresión narrativa de esta memoria constituye un hermoso y atrayente testimonio y a la vez un filón literario más que evidente y ya hay algunos ejemplos de ello.

He tratado de ilustrar un hecho que posee una amplia profundidad histórica. Se trata de la colisión a lo largo del tiempo entre el Estado, impelido a crecer y controlar cada vez más sus límites fronterizos y las prácticas cotidianas de unas poblaciones asentadas en un territorio fronterizo. Esta colisión se ha traducido en trasgresiones constantes y las trasgresiones en cultura. Cuando la frontera está a punto de desaparecer y la presión normativa e instrumental del Estado sobre las poblaciones fronterizas se ha venido relajando notablemente, la frontera permanece entre las generación de adultos y sobre todo entre los ancianos, como una narración que junto con otras da cuerpo a una memoria colectiva que simboliza el discurrir del tiempo. Hay así un «entonces» y un «ahora» y esta polarización es ajena a la medida histórica. Lo que se compara son acontecimientos experimentados que se recuperan para el presente porque de ellos se pueden extraer una lección moral ya que el propio tiempo tiene un contenido moral. La frontera, como parte de una memoria colectiva, está repleta de símbolos de supervivencia, es podríamos decir, una parte de la narración colectiva que transmite a quienes quieren oirla la gran hazaña de la supervivencia de una colectividad.

Dejo ya para el final una última consideración en torno a esta idea de supervivencia, ya que en última instancia he tratado de mostrar como la continua transgresión de una frontera pirenaica y en un valle concreto, ha sido un símbolo de supervivencia para unas generaciones. Para mí consiste en la capacidad de vencer el riesgo¹⁰ que amenaza a una comunidad. En las comarcas pirenaicas de Sobrarbe y Ribagorza ha existido siempre un sentimiento de riesgo, la idea de que el pueblo o la comarca debían superar riesgos permanentes. Este hecho se ha vuelto para mí más evidente al estudiar sobre el terreno conflictos producidos por proyectos para la construcción de embalses y he podido comprobar que las reacciones de oposición suscitadas no sólo se fundamentaban en una capacidad organizativa, sin también en una capacidad simbólica dirigida a arraigar la oposición a dichos proyectos en la propia cultura local, en la reactivación de símbolos de supervivencia, sea la Casa mantenida durante generaciones o la tierra cuya substancia no se puede perder. Esta es la manera de intentar sobrevivir a los riesgos, activando la memoria colectiva.

Echando la vista atrás podemos estimar los riegos a los que se enfrentaron las comunidades y valles pirenaicos de Sobrarbe y Ribagorza. En una

¹⁰ El concepto de «riesgo» es precisamente el tema central de uno de los libros que ha alcanzado mayor repercusión en la Sociología en estos últimos años. Se trata de la obra de Ulrich Beck, *Risk Society. Towards a new Modernity*. 1992. Sage Publications. Londres.

época se enfrentaban a los riesgos de la subsistencia, o sea la carestía, el hambre incluso, las catástrofes, el aislamiento, las guerras. Después a los riesgos inducidos por la creciente presión del Estado y la industrialización, el éxodo rural, el fin de muchas Casas, la crisis de las economías locales y de los modos de vida. También tuvieron que asumir riesgos derivados de la tecnología y principalmente la construcción de embalses o la repoblación forestal. Hoy se enfrentan a los riesgos que se derivan de la integración de España en la C.E.E y la influencia de la Política Agraria Comunitaria (P.A.C.) que ha sumido a la ganadería de montaña en una crisis que parece irreversible. En todas estas circunstancias hubo individuos, familias y comunidades que sucumbieron y otros que sobrevivieron. Estos últimos activan la memoria colectiva para hacer de ella, sobre todo cuando las circunstancias son especialmente adversas, una gran lección de supervivencia. Entre quienes sucumbieron hay quien no ha olvidado y gracias a la memoria colectiva intenta sobrevivir hoy como miembro de una comunidad perdida que sin embargo se intenta reconstruir simbólicamente aunque sea unos pocos días al año.

Las comarcas pirenaicas altoaragonesas sufrieron intensamente el éxodo rural y los innumerables pueblos abandonados que hay por toda la geografía altoaragonesa testimonian el fin de muchas comunidades. En algún caso dicho fin fue la consecuencia de intervenciones directas, bien por la construcción de embalses como Barasona, Yesa, Mediano, El Grado o Jánovas o bien por las masivas e indiscriminadas repoblaciones forestales que se llevaron a cabo en los sesenta. En otros casos la propia crisis de la sociedad tradicional y la indirecta presión del Estado condujeron a este masivo despoblamiento. La experiencia común que estos acontecimientos dejaron entre las comunidades supervivientes fue la de haber estado, como lo estuvieron también sus antepasados, en riesgo. Transcurrido el tiempo la memoria colectiva recupera del pasado recuerdos que se transforman en narraciones que se transmiten a otras generaciones. En última instancia lo que se pretende es crear símbolos de supervivencia que puedan servir para combatir nuevos riesgos.

La memoria de la frontera en un espacio concreto como es el valle Chistáu, ha formado parte destacada de la memoria colectiva que los viejos chistavinos han activado cuando a su alrededor toda cambiaba aceleradamente. También los pueblos que se han visto amenazados por proyectos para la construcción de embalses, han recurrido a la memoria colectiva para fundamentar simbólicamente y moralmente su oposición y su determinación a seguir existiendo. La memoria colectiva en resumen es un extraordinario ejemplo de creatividad cultural pues al fin y al cabo incita a los individuos a recordar para sobrevivir.